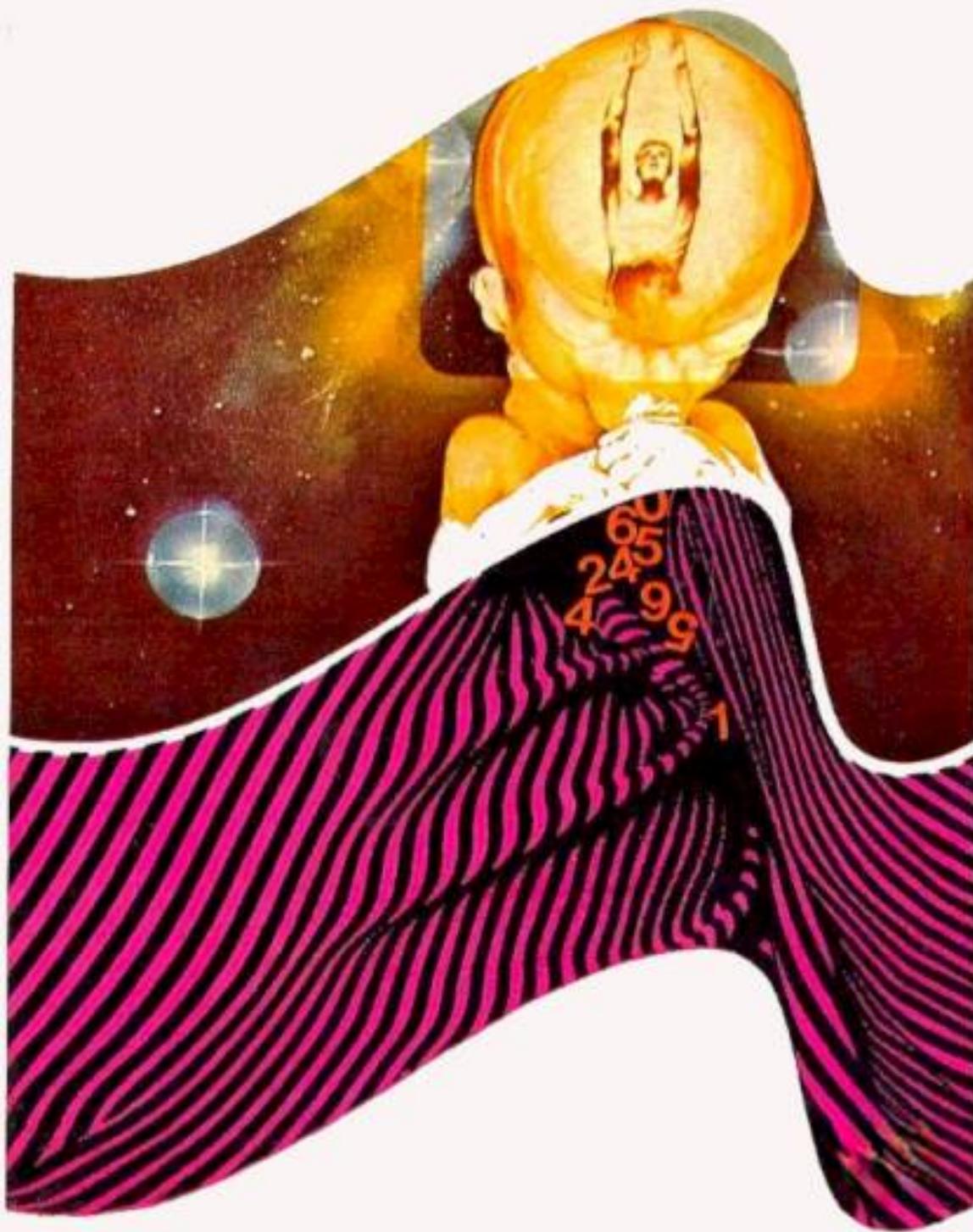


Homo plus

FREDERIK POHL



La amenaza de la guerra nuclear hace que la colonización de Marte sea una prioridad para la supervivencia de la humanidad. Para desenvolverse libremente en las duras condiciones medioambientales del planeta, se emprende un programa para transformar a seres humanos en ciborgs que estén adaptados al hostil ambiente marciano.

Homo Plus fue la primera novela de Pohl tras diez años, lo cual constituye de por sí todo un acontecimiento, pero además, centrándose en un tema de tan renovada actualidad como la conquista de Marte, el autor ha elaborado un impresionante retablo de los conflictos psicológicos, políticos y sociales del homo tecnológicus.

PRESENTACIÓN

Homo Pohl

En cierto modo, cabría decir que la ciencia ficción ha recorrido el futuro marcha atrás. En los primeros tiempos del género, los escritores gustaban de proyectar su imaginación a enormes distancias en el espacio y en el tiempo, a épocas y lugares en que la Tierra, cuna de una humanidad diseminada por el cosmos, no sería ya sino un vago recuerdo.

Posteriormente, y a medida que el género fue madurando, muchos autores empezaron a darse cuenta de que para conjurar lo maravilloso, lo extraordinario o lo terrible no hacía falta alejarse mucho de casa, y que nuestro presente y sus implicaciones inmediatas son campos inagotables para la especulación. Con el aliciente, además, de que ello facilita la elaboración de un tipo de narrativa más conectado con la realidad y los problemas actuales.

Así, la ciencia ficción ha ido retrocediendo desde futuros inconcebiblemente remotos hasta situarse, en gran medida, en nuestro propio siglo.

Frederik Pohl, uno de los maestros indiscutidos del género, cuatro veces galardonado con el premio Hugo (y la única persona que ha recibido este premio como escritor y como director de publicaciones), siempre ha dedicado especial atención a esta «ciencia ficción inmediata», situada en un futuro próximo y directamente relacionada con la

problemática actual. Bastaría citar, a este respecto, su inolvidable *Mercaderes del espacio* (escrita en colaboración con el fallecido C. M. Kornbluth), obra clave del género, en la que se denuncia el mundo de pesadilla al que nos está abocando la hipertrofia del mercantilismo y la publicidad.

Homo Plus es la primera novela de Pohl en diez años, lo cual constituye de por sí un acontecimiento que el aficionado no puede pasar por alto. Y la evocación de contemporaneidad del autor se manifiesta una vez más, ya que la acción se sitúa en un futuro tan inmediato que casi se puede llamar presente, tomando como pretexto un tema entrañable tanto de la especulación como de la fabulación científica, que en los últimos meses ha vuelto al primer plano de la actualidad: la conquista de Marte.

Y digo «tomando como pretexto» porque el verdadero tema de la novela, como ocurre en la mayoría de las obras de Pohl, es el conflicto humano en toda su extensión, tanto a nivel individual como social, y el inquietante ciborg —medio hombre, medio máquina— alrededor del cual gira la trama constituye, en última instancia, el símbolo de un hombre que ya es, de hecho, simbiote de la máquina, de una tecnología avanzada más allá de lo reversible que puede ser arma mortífera o instrumento redentor, según el uso que le demos.

CARLO FRABETTI

1 Un astronauta y su mundo

Ante todo, es necesario que les hablemos de Roger Torraway. Un solo ser humano no parece tener particular importancia en medio de ocho mil millones de personas. Representa, por ejemplo, lo que un microelemento en un banco de memoria. Pero incluso un único elemento puede ser decisivo cuando contiene un dato esencial, y Torraway era importante precisamente en ese sentido.

Era un hombre bien parecido, de acuerdo con los cánones de los seres humanos. Y también famoso. O, al menos, lo había sido.

En una ocasión Roger Torraway había estado suspendido en el cielo durante dos meses y tres semanas, junto con otros cinco astronautas. Estaban sucios, correosos y más bien aburridos. No fue eso lo que le hizo famoso. Aquello no era sino material para una pequeña noticia que no ocuparía más de dos frases en el diario de las siete de una tarde vulgar.

Pero llegó a ser famoso. En Bechuanalandia, Beluchistán y Buffalo la gente conoció su nombre. *Time* le sacó en la portada. Pero no sólo a él. Hubo de compartirla con el resto de su equipo del laboratorio orbital, porque ellos habían sido los que habían rescatado sano y salvo al grupo soviético que regresaba a la Tierra con los motores averiados.

Así pues, se convirtieron en los hombres famosos de la velada. Por aquel entonces Torraway tenía veintiocho años y acababa de casarse con una profesora de cerámica de ojos verdes y cabello negro. Dorrie en la Tierra era lo que ilusionaba a Rog, y Rog en órbita era lo que hacía que Do-

rie fuera también una celebridad, cosa que a ella le encantaba.

Se necesitaba algo especial para hacer de la mujer de un astronauta una noticia interesante. Había muchas. Y todas se parecían enormemente. Parecía como si la NASA escogiera a las mujeres de los astronautas entre las inscritas al concurso de miss Georgia. Daban todas la impresión de que, en cuanto se pusieran el traje de baño, comenzarían a hacer filigranas con los bastones o a recitar *La hembra de las especies*. Dorrie Torraway tenía un aspecto demasiado inteligente como para hacer algo así, aunque era, sin duda, lo suficientemente bonita para ello. Fue la única de las esposas de los astronautas que consiguió que se le dedicara un buen espacio tanto en *Ladies Home Journal* («Usted puede cocinar en su horno doce platos de Navidad»), como en *Ms* («Los niños echarían a perder mi matrimonio.»)

Roger era también partidario de no tener hijos. Era partidario de todo lo que Dorrie deseaba, porque estaba muy enamorado de ella.

En esto se parecía poco a sus compañeros, la mayoría de los cuales había descubierto los magníficos éxitos que el programa espacial les proporcionaba entre las mujeres. En otros aspectos era exactamente igual que ellos. Brillante, sano, listo, bien parecido, técnicamente bien preparado. Sus aficiones eran el ajedrez, la natación, la caza, volar, bucear, pescar y el golf. Podía confundírsele fácilmente con embajadores o senadores. Cuando se retiraban del programa espacial encontraban trabajo en las compañías aeroespaciales o en las causas perdidas que necesitaban una nueva imagen publicitaria. Esos trabajos estaban muy bien pagados. Los astronautas eran productos valiosos. No sólo eran valiosos para la publicidad y para el hombre de la calle. Nosotros también les concedíamos una valoración muy elevada.

Lo que los astronautas representaban era un sueño. El sueño era algo precioso para el hombre de la calle, espe-

cialmente si se trataba de una húmeda y apesadada calle de Calcuta, donde familias enteras dormían sobre las aceras y se despertaban al amanecer para hacer cola y conseguir un tazón de comida gratis. Éste era un mundo arenoso y mugriento, y el espacio les proporcionaba un pedacito de belleza y excitación. No mucho. Pero era mejor que nada.

Los astronautas formaban una pequeña comunidad cerrada, en torno a Tonka, Oklahoma.

Rog y Dorrie encajaron bien en esa comunidad. Hicieron amistades con facilidad. Eran lo suficientemente originales como para destacar, pero no lo bastante raros como para llegar a molestar a nadie. Aunque Dorrie no deseaba tener niños, era simpática con los hijos de los demás. Cuando Vic Samuelson perdió el contacto por radio durante cinco días mientras se encontraba en el lado opuesto del Sol y Verna Samuelson sintió prematuramente dolores de parto, Dorrie se llevó a los tres hijos de Verna a su casa. Ninguno sobrepasaba la edad de cinco años. Dos aún llevaban pañales y ella se los cambiaba sin incomodarse mientras las otras mujeres se ocupaban de la casa de Verna y ésta daba a luz su cuarto hijo en el hospital de la NASA. En las fiestas navideñas ni Rog ni Dorrie se emborrachaban nunca, ni tampoco nunca eran los primeros en abandonar la fiesta.

Eran un matrimonio agradable.

Vivían en un mundo agradable.

En eso, eran, y ellos lo sabían, afortunados. El resto del mundo no era así de agradable. Las guerras se sucedían en Asia, África y Latinoamérica. La Europa occidental se veía de vez en cuando ahogada por las huelgas y afectada con frecuencia por la carestía, y cuando llegaba el invierno solían pasar frío. Las personas estaban hambrientas y muchas de ellas encolerizadas, y había pocas ciudades en las que alguien deseara caminar solo por la noche.

Pero Tonka permanecía cerrada y a salvo, y los astronautas (y los cosmonautas y los sinonautas) visitaban Mercurio y Marte lo mismo que la Luna, flotaban en el halo de los co-

metas y se mantenían en órbita alrededor de gigantes de gas.

El propio Torraway había llevado a cabo cinco misiones importantes. Primero participó en uno de los vuelos de aprovisionamiento del laboratorio espacial, allá en los primeros tiempos de la congelación, cuando el programa espacial se estaba poniendo de nuevo en pie.

Luego pasó ochenta y un días en la estación espacial de la segunda generación. Fue éste su gran momento, el que le hizo merecedor de la portada de *Time*. Los rusos habían enviado una expedición a Mercurio y habían llegado allí muy bien, habían aterrizado muy bien e iniciado su viaje de vuelta muy bien; pero nada de lo que sucedió a continuación fue muy bien. Los rusos habían tenido siempre problemas con sus impulsores de estabilización. (Algunos de los primeros cosmonautas llegaron a convertirse en auténticas peonzas sin poder detenerse y habían vomitado dentro de sus naves espaciales sin poder evitarlo. Esta vez habían vuelto a tener el mismo problema y habían agotado sus reservas de corrección.)

Habían logrado mantenerse en una amplia órbita elíptica alrededor de la Tierra, pero no tenían modo alguno de salir de ella con vida. Ni siquiera podían mantenerse así. Su control era únicamente aproximado y su perigeo era lo suficientemente bajo dentro de la ionosfera de la atmósfera de la Tierra como para que se calentaran terriblemente.

Pero Roger y los otros cinco americanos se encontraban allí, en una nave espacial diseñada para trabajos de remolque, con el combustible suficiente para llevar a cabo media docena más de misiones. No era nada demasiado extraordinario, pero ellos lo hicieron: unificaron rumbo y velocidad con el *Avrora Dva*, se acoplaron y sacaron a los cosmonautas. ¡Qué espectáculo de besos y abrazos de oso en caída libre! Cuando volvieron al remolcador espacial, con lo que los rusos se habían empeñado en llevarse consigo, se organizó una fiesta: jugo de grosella, que tenía un cierto gustillo

a tostado. Y después de dos órbitas más, el *Avrora* se convirtió en un meteoro. «Como una brillante exhalación en la tarde», dijo Yuli Bronin, un cosmonauta que había ido a Oxford, y besó a sus salvadores de nuevo.

Cuando regresaron a la Tierra, acostados de dos en dos en las literas, más juntos que si fueran amantes, eran unos héroes y todos les adoraban, incluso a Roger, incluso Dorrie.

Pero de eso hacía mucho tiempo.

Desde entonces, Roger Torraway había realizado dos vuelos circunlunares, vigilando la nave, mientras sus tripulaciones radiotelescópicas efectuaban sus pruebas orbitales sobre el enorme espejo de sesenta kilómetros de radio en el lado opuesto. Y finalmente, participó en el abortado aterrizaje sobre Marte, tras el que tuvieron la suerte de regresar a la Tierra enteros. Pero por aquel tiempo, el encanto había desaparecido.

Así pues, desde entonces, el trabajo de Rog había sido, digamos, diplomático. Jugaba al golf con los senadores en la comisión espacial y fue trasladado a las instalaciones de Euroespacio de Zurich, Munich y Trieste. Logró una modesta venta de sus memorias. Sirvió como auxiliar en alguna misión ocasional. A medida que el programa espacial declinaba cada vez más rápidamente, desde su categoría de prioridad nacional a la de ejercicios de planificación de casos imprevistos, tuvo cada vez menos trabajo que hacer.

Sin embargo, ahora había vuelto a encargarse de una nueva misión, aunque no habló de ello cuando pidió apoyo político para la operación.

No se lo concedieron. Esta nueva misión, que parecía que iba a ser aprobada antes o después, era la primera en el programa espacial que había sido clasificada como altamente secreta.

Esperábamos mucho de Roger Torraway, aunque no era muy diferente de los demás astronautas: un poco mejor entrenado, muy subempleado, bastante descontento con lo

que estaba sucediendo con respecto a sus trabajos, pero muy reacio a dejarlos por otros mientras existiera la posibilidad de ser importante de nuevo. Todos eran así, incluso el que era un monstruo.

2 Lo que quería el presidente

Torroway no podía apartar de su pensamiento al hombre que era un monstruo. Pero ahora estaba ocupado en algo especial.

Torroway estaba sentado en el sillón del copiloto, a veinticuatro mil metros sobre Kansas, viendo cómo un punto resbalaba suavemente por la pantalla del radar IDF.

—Mierda —dijo el piloto; el punto era un ConCORDSKI III soviético cuyo CB-5 había estado persiguiendo desde que lo había detectado sobre la Garrison Dam Reservoir.

Torroway sonrió y deceleró un poco más. Aumentando la velocidad relativa, el punto ConCORDSKI vibró durante un momento.

—Le estamos perdiendo —dijo el piloto, malhumorado—. ¿Adónde cree que se dirige? ¿A Venezuela, quizá?

—Mejor que sea así —dijo Torroway— porque ambos estamos quemando demasiado combustible.

—Está bien —dijo el piloto, al que no importaba en absoluto el hecho de que hubieran infringido el tratado internacional 1.5 Mach—. ¿Qué está pasando en Tulsa? Normalmente nos dejan acercarnos directamente, sobre todo teniendo a bordo a una Persona Muy Importante como usted.

—Probablemente alguna Persona Más Importante aún está aterrizando ahora —dijo Roger. No era una suposición. Lo sabía positivamente. Sabía de qué Persona Muy Importante se trataba y no había nadie más importante que el presidente de los Estados Unidos.

—Usted ya no vuela mucho, ¿verdad? —dijo el piloto.

—Sólo cuando alguien como usted me deja.

—No es como para fatigarse. ¿Qué es lo que hace en realidad, si no le molesta mi pregunta? Me refiero como Persona Muy Importante.

Torroway tenía una respuesta preparada para preguntas como ésa.

—Administración —dijo. Siempre decía eso cuando la gente le preguntaba lo que hacía. A veces, la gente que se lo preguntaba poseía un adecuado margen de seguridad, no sólo para el gobierno, sino para el radar privado que llevaba en su propia mente y que le decía que confiara en esta persona y no en aquélla. Entonces añadía: «Construyo monstruos». Si lo que contestaban le indicaba que ya sabían algo acerca de aquello, entonces podía añadir una o dos frases más.

No pesaba ningún secreto sobre el Proyecto de Exomedicina. Todos sabían que lo que estaban haciendo en Tonka era preparar astronautas para vivir en Marte. Lo que sí era secreto era cómo lo hacían: el monstruo. Si Torroway decía demasiado podría arriesgar tanto su libertad como su trabajo. Y a Roger le gustaba su trabajo. Ayudaba con él a su preciosa mujer en su tienda de cerámica. Le proporcionaba la sensación de estar haciendo algo que la gente recordaría y le llevaba a lugares interesantes.

Habían llegado sobre el río Cimarrón, mejor dicho, sobre el retorcido y rojo canal que se convertiría en un río cuando lloviera de nuevo; descendieron, se apagaron los motores y renació la tranquilidad.

—Gracias —le dijo Roger al piloto, y fue a recoger sus cosas a la cabina de las Personas Muy Importantes.

Aquella vez habían ido a Beirut, Roma, Sevilla y Saskatoon antes de dirigirse a Oklahoma, y cada uno de los lugares era más caliente que el anterior. Como estaba previsto por el ceremonial del encuentro con el presidente, Dorrie fue a recogerle al aeropuerto. Se puso rápidamente la ropa que ella le había llevado a la habitación del motel. Estaba

contento de haber regresado, contento de reanudar su trabajo de hacer monstruos y contento de estar de nuevo con su mujer. Mientras se duchaba sintió un repentino y poderoso impulso erótico. Salió de la ducha. Tenía un cronómetro dentro de la cabeza que le iba señalando el tiempo, así que no necesitaba consultar su reloj; no tenía tiempo. Sin embargo, no importaría si llegaba unos minutos tarde. Pero Dorrie ya no estaba en la silla donde él la había dejado; la televisión estaba encendida, su cigarrillo se consumía en el cenicero, pero ella había salido. Roger se sentó en el borde de la cama envuelto en una toalla hasta que el reloj de su cabeza le indicó que ya no había tiempo que perder para nada. Entonces comenzó a vestirse. Estaba poniéndose la corbata cuando Dorrie entró en la habitación.

—Lo siento —le dijo cuando fue a abrirla—. No podía encontrar la máquina de la coca-cola. Una para ti y otra para mí.

Dorrie era casi tan alta como Roger, morena por elección y de ojos verdes por naturaleza. Sacó un cepillo de la maleta y le cepilló la espalda y las mangas de la chaqueta; luego tomaron los vasos y bebieron.

—Es mejor que nos vayamos —dijo ella—. Estás magnífico.

—Tú estás excitante —dijo él, poniéndole las manos en los hombros.

—Acabo de pintarme los labios —dijo ella apartando la boca y ofreciéndole la mejilla para que él la besara—. Pero me agrada ver que las señoritas no te han agotado.

Se echó a reír con buen humor; jugaba a que él se acostaba con una chica diferente en cada ciudad. A él le agradaba el juego. Pero no era cierto. Un matrimonio con experiencias adulterinas, generalmente insatisfactorias, sería más desagradable y problemático que gratificante, pero le gustaba considerarse ese tipo de hombre cuya mujer teme que les dedique atenciones a otra.

—No hagamos esperar al presidente —dijo él—. Yo pagaré mientras traes el coche.

No hicieron, desde luego, esperar al presidente; tuvieron que esperar más de dos horas antes de verle.

Roger estaba familiarizado con el proceso que se sigue para proteger a una persona; ya le había pasado antes. No era sólo el presidente de Estados Unidos el que tomaba un doscientos por ciento de precauciones contra los asesinos en aquellos días. Había estado esperando todo un día para ver al Papa, y luego tuvo a la Guardia Suiza detrás de él, apuntándole con una Beretta, durante todo el tiempo que duró la audiencia.

La mitad de la gente importante del laboratorio se encontraba allí. El viejo salón había sido limpiado y abrigado para la ocasión y no parecía su conocida sala de reuniones. Incluso las pizarras y las servilletas de papel utilizadas como borrador habían sido retiradas de la vista. Se habían colocado biombos en las esquinas y las persianas de las ventanas más próximas estaban bajadas; Roger sabía que era para el reconocimiento físico. Después tendrían una entrevista con los psiquiatras. Luego, si lograban pasar, si ninguna hipodérmica letal se convertía en una aguja caliente ni ninguna obsesión asesina aparecía en alguna cabeza, podrían pasar todos al auditorio y allí se les reuniría el presidente.

Cuatro hombres del servicio secreto participaron en el proceso de reconocer, registrar, magnetomedir e identificar a los invitados varones, aunque sólo dos de ellos tomaron parte físicamente en él. Los otros dos se limitaron a estar allí, seguramente preparados para abrir fuego si era necesario. Personal del servicio secreto femenino se ocupaba de sus esposas y de Kathleen Dougherty. Las mujeres eran inspeccionadas detrás de uno de los biombos que las cubría hasta la espalda; pero Roger podía leer en la expresión del

rostro de su mujer el progreso de las manos inquisitivas. A Dorrie no le gustaba que la tocaran los extraños. Había momentos en que no le gustaba que la tocara nadie, pero mucho menos los extraños.

Cuando le llegó el turno a Roger, entendió en cierta medida la cólera fría que había visto en la cara de su mujer. Estaban siendo desacostumbradamente escrupulosos. Le inspeccionaron las axilas. Le desabrocharon el cinturón y le examinaron la hendidura del trasero. Le palparon los testículos. Sacaron todo lo que llevaba en los bolsillos. El pañuelo del bolsillo de la americana fue desplegado y rápidamente vuelto a plegar, con más pulcritud que antes.

A todos se les dio el mismo tratamiento, sin excluir al director, que paseaba su mirada por la habitación con pacífica resignación mientras los dedos se enredaban en el enortijado vello de sus axilas. La única excepción fue Don Kayman, que se había puesto sotana ante la formalidad de la ocasión y que, tras una discusión entre susurros, fue escoltado a otra habitación para proceder allí al reconocimiento.

—Lo siento, padre —dijo el guardián—, pero ya sabe cómo es esto.

Don se encogió de hombros, salió con el hombre y regresó con aspecto enfadado. Roger comenzaba a enfadarse también. Tenían que haber notado, pensó, que era mejor ir pasando a la gente al psiquiatra, una vez que su investigación había concluido. Después de todo, se trataba de personas importantes y su tiempo era valioso. Pero el Servicio Secreto tenía su propio sistema y actuaba por etapas. Hasta que no fueron investigados todos no fue conducido el primer grupo de tres personas a las habitaciones de los dactilógrafos, especialmente vaciadas para las entrevistas.

El psiquiatra de Roger era negro, o más bien de un color parecido al café con leche. Se sentaron uno frente a otro en sillas muy próximas, de forma que no había más de medio metro entre sus rodillas. El psiquiatra dijo: